

QUÆRENS. — La reflexion y el estudio, Lumen, me habian acercado ya á la creencia en la pluralidad de las existencias del alma; pero estando léjos esta doctrina de tener en favor suyo tantas pruebas lógicas, morales y aun físicas tan numerosas y evidentes como la pluralidad de mundos habitados, confieso que hasta hoy me habia quedado en duda sobre dicho punto. La óptica moderna y el cálculo trascendental, que nos hacen como si dijéramos tocar con el dedo los demás mundos, nos enseñan sus movimientos, sus años, estaciones y dias, haciéndonos asistir tambien á las variaciones de la naturaleza viviente en su superficie; todos estos elementos han permitido á la astronomía contemporánea el fundar esa doctrina de la existencia humana en los demás astros sobre una base sólida é imperecedera. Pero, os lo

repito, no sucede lo mismo con la palingenesia, y aunque inclinándome mucho hácia la trasmigracion de las almas en el verdadero cielo, puesto que solo así nos podemos formar una idea de la vida eterna, sin embargo para convencerme por completo de ello, necesitaria una luz que aun no tengo.

LUMEN. — Esa luz precisamente es la que forma el objeto de nuestra conferencia de hoy y espero que la veais. Os lo confieso, os llevo una gran ventaja puesto que hablo *de visu* y que me limito estrictamente á hacerme el intérprete exacto de los acontecimientos terrestres de los que se halla tejida actualmente mi vida espiritual. Puesto que vuestra inteligencia puede conocer la posibilidad, la verosimilitud de la explicacion científica de mi narracion, al escucharla necesariamente se ha de ilustrar mas, tomando mayor vuelo las ideas.

QUÆRENS. — Por eso mismo ardo siempre en deseos de escucharos.

LUMEN. — La luz, ya lo habeis comprendido, se encarga de dar al alma desencarnada la *vista directa* de sus existencias planetarias.

Despues de haber visto de nuevo mi existencia terrenal, volví á ver mi penúltima vida en uno

de los planetas de Gamma Virginis ; pero como la luz no me trae aquella sino despues de 72 años, y esta despues de ciento setenta y dos, veo hoy desde Capella, lo que era en la Tierra hace 72 años, y lo que era en el mundo virginal hace ciento setenta y dos. Ahí teneis, pues, dos existencias *pasadas y sucesivas* que se han hecho para mí *presentes y simultáneas* aquí, en virtud de las leyes de la luz que me las trasmite.

Hace quinientos años poco mas ó ménos, que vivia en un mundo cuya posicion astronómica, vista desde la Tierra, es precisamente la del seno de Andrómeda, del seno izquierdo. Á buen seguro que los habitantes de aquel mundo no sospecharán siquiera que los de un planetita del espacio han reunido las estrellas por medio de líneas ficticias, trazando figuras de hombres, mujeres, animales y diversos objetos, incorporando todos los astros (para darles un nombre) á esas figuras mas ó ménos originales. Con que estrañeza llegaria á la noticia de los hombres planetarios, que en la Tierra ciertas estrellas llevan los nombres de Corazon de Escorpion, (¡ que corazon !) Cabeza de Perro, Cola de la Osa mayor, Ojo del Toro, Cuello del Dragon, Frente del Capricornio ! No ignorais que las constelaciones dibujadas en la esfera ce-

leste, las posiciones de las estrellas en la misma, no son reales, ni absolutas, sino que dependen únicamente de la situacion de la Tierra en el espacio, y que todo ello es simplemente una cuestion de *perspectiva*. El que desde lo alto de una montaña contempla el panorama circular y fija en su plano la posicion respectiva de todas las cimas que distingue, las colinas, los valles, las aldeas, los lagos etc., se construye una carta que no puede servir mas que para el punto en que se encuentra, pues si se traslada veinte leguas mas allá, las mismas cimas son visibles, pero están ya situadas en posiciones reciprocas completamente distintas, resultado del cambio de perspectiva. El panorama de los Alpes y del Oberland visto desde Lucerna y del Pilate en nada se parece al que se contempla desde Faulhorn ó de Scheinige sobre Interlaken. Sin embargo, son las mismas cimas y los mismos lagos. Lo mismo sucede con las estrellas. Las mismas se ven desde la estrella Delta de Andrómeda y desde la Tierra. Sin embargo, seria imposible encontrar ó formar con ellas ni una constelacion siquiera, tan cambiadas están ya las perspectivas celestes ; las estrellas de primera magnitud se han hecho de segunda y de tercera ; algunas de un órden inferior, vistas de mas cerca, se han

hecho brillantísimas y sobre todo la situación respectiva de las estrellas, unas de otras ha variado completamente, á consecuencia de la diferente posición entre aquella estrella y la Tierra.

QUÆRENS. — Según esto, las constelaciones que por tanto tiempo se han creído trazadas de un modo imperecedero en la bóveda celeste, no se deben más que á la perspectiva. Al cambiar de posición cambian también las perspectivas y el cielo ya no es el mismo. Pero entonces ¿no deberíamos nosotros tener un cambio de perspectivas celestes cada seis meses, puesto que en este tiempo la Tierra ha cambiado en gran manera de situación y ha ido á colocarse á 74 millones de leguas de distancia del punto que ocupaba seis meses ántes?

LUMEN. — Esta objeción me prueba que habeis comprendido perfectamente el principio de la deformación de las constelaciones á medida que cambia uno de sitio en el espacio. Así sucedería, en efecto, si la órbita terrestre fuese de una dimensión bastante grande para que dos puntos opuestos de la misma pudieran cambiar la vista del paisaje celeste.

QUÆRENS. — Me parece que 74 millones de leguas...

LUMEN. — Nada son tratándose de distancias

celestes, y lo mismo influyen para cambiar las perspectivas de las estrellas como un paso dando en el cimborrio del Panteón en el cambio para el observador de la posición aparente de los edificios de París.

QUÆRENS. — Ciertos mapas de la edad media presentan el zodiaco como ceñido al empuje y colocan algunas constelaciones, tales como Andrómeda, la Lira, Casiopea y el Águila, en la misma región que los Serafines, Querubines y Tronos. Era esto entonces pura fantasía, puesto que en realidad no existen las constelaciones y son solo simples signos convencionales debidos únicamente á efectos de perspectiva.

LUMEN. — Pues es claro. El antiguo cielo teológico no tiene hoy razón de ser, y el buen sentido por sí solo atestigua que no existe. No pudiendo oponerse dos verdades entre sí, es necesario que el cielo espiritual esté en consonancia con el físico: esto es lo que he tratado de demostraros en mis diferentes conferencias.

En el mundo de Andrómeda vemos que nada queda ni existe de la constelación que lleva dicho nombre. Las estrellas que vistas desde la Tierra aparecen como reunidas y han servido para dibujar en el paisaje celeste á la hija de Cefeo y

Casiopea, se hallan diseminadas en la extension en todas distancias y direcciones. Allí no se podría hablar, ni en otra parte tampoco, el menor vestigio de las huellas de la mitología terrestre.

QUÆRENS. — En ello pierde la poesia... Experimentaria ciertamente una dulce satisfaccion en saber que habia residido durante una vida entera en el seno de Andrómeda. Eso halaga á la imaginacion; hay en ello un cierto sabor mitológico y una sensacion vital. Me gustaria verme trasportado allí, sin temor del monstruo, y sin preocuparme tampoco del jóven Perseo acompañado de su cabeza de Medusa y del famoso Pegaso. Pero ahora, gracias al escalpelo de la ciencia, ya no hay ni princesa expuesta sin velos á orillas de las olas, ni virgen con la espiga dorada en la mano, ni Orion persiguiendo á las Pleyades; Vénus ha desaparecido de nuestro cielo vespertino y el viejo Saturno dejó caer su guadaña en la oscuridad de la noche. ¡La ciencia lo ha hecho desaparecer todo! Deploro este progreso.

LUMEN. — ¿Es decir que preferís la ilusion á la realidad? ¿No sabeis que la verdad es incomparablemente mas hermosa, mas grande, mas admirable y maravillosa que el mas adorado error? ¿Hay algo comparable, en todas las mitologias

pasadas y presentes á la sola contemplacion científica de las grandezas celestes y á los movimientos de la naturaleza? ¿Qué cosa podría impresionar mas profundamente el alma que el hecho de la extension ocupada por los mundos y la inmensidad de los sistemas siderales? ¿Qué palabra es mas elocuente que el silencio de una noche estrellada? ¿Qué imágen podría trasportar el pensamiento á un abismo de asombro mayor que ese viaje intersideral de la luz haciendo eternos los acontecimientos transitorios de la vida de cada mundo? Despojaos, pues, amigo mio, de vuestros antiguos errores, y sed verdaderamente digno de la majestad de la ciencia. Escuchad lo que sigue.

En virtud del tiempo que dicha luz tarda para llegar del sistema de α de Andrómeda á Capella, volví á ver, este año, 1869, mi antepenúltima existencia terminada hace 530 años. Aquel mundo es muy extraño para nosotros. No hay en él mas que un reino: el reino animal en su superficie; el vegetal no existe. Aquel reino animal es muy diferente del nuestro, aun cuando su especie superior, su especie inteligente, posea cinco sentidos como en la Tierra. Es un mundo sin sueño y sin fijeza. Hallase completamente envuelto en

un oceano rosaceo ménos denso que el agua terrestre y mas que el aire. Puede considerarse como una sustancia fluidica intermedia entre el aire y el agua. No es posible que os forméis una idea exacta de ella, pues la química terrestre no os puede ofrecer una sustancia semejante como término de comparacion. El gas ácido carbónico que se mantiene invisible en el fondo de un vaso y que se puede verter como el agua, os dará una idea algo aproximada. Débese aquel estudio particular á cierta cantidad de calórico, y de electricidad permanente en aquel globo. No ignorais que en la Tierra, en la estructura de los seres, minerales, vegetales y animales, no hay mas que tres estados de los cuerpos: sólido, líquido y gaseoso y que estos tres estados reconocen por causa única el calor emanado del Sol en la superficie terrestre. El calor interior del globo no ejerce mas que una accion insensible en esta superficie. Ménos calor solar liquidaria los gases y soldificaria los líquidos. Mas calor fundiria los sólidos y evaporaria los líquidos. Basta suponer mayor ó menor cantidad de calórico para formar aire líquido (aire líquido, ¿ lo entendéis?) y mármol gaseoso. Si por una causa cualquiera, el planeta terrestre se escapase algun dia por la tangente de su órbita

y se alejare en la helada oscuridad del espacio, veriais soldificarse toda el agua terrestre y á su vez los gases hacerse líquidos, despues sólidos... ¡ veriais! no, no lo veriais si os quedaseis en la Tierra, pero podriais presenciar desde el espacio ese curioso espectáculo si á vuestro globo se le ocurriera escaparse por la tangente. Y notad además que si ese frio colossal viniese repentinamente, los seres se encontrarían helados de pronto y el globo trasportaria al espacio el panorama singular de todas las razas, humana y animales, fijas é inmóvilizadas por toda una eternidad en las diferentes actitudes en que cada individuo y cada ser se hubiera hallado en el momento de la catástrofe.

Hay mundos que se encuentran en dicho estado. Son cometas cuyos habitantes, detenidos insensiblemente en su vida por la rápida fuga del cometa léjos del Sol, se encuentran allí como millares de estatuas. La mayor parte están echados, atendido á que ese profundo cambio de temperatura necesita varios dias para tener lugar. Allí están en confusion mezclados los muertos ó por mejor decir, los adormecidos en letargo completo. El frio les conserva. Tres ó cuatro mil años mas tarde, cuando el cometa vuelva de su afelio

oscuro y helado á su brillante perihelio hácia el Sol, el calor fecundo acariciará aquella superficie con sus benéficos rayos : se acrecentará con rapidez, y cuando haya alcanzado el grado que caracteriza la temperatura natural de aquellos séres, resucitan estos á la edad que tenían en el momento en que se durmieron, vuelven á sus negocios de la vispera (¡qué vispera!) sin saber que han dormido (sin sueño) durante tantos siglos. Se ven algunos que siguen una partida de juego comenzada y acaban una frase cuyas primeras palabras fueron pronunciadas cuatro mil años ántes. Todo esto es muy sencillo. Hemos visto que el tiempo no existe en realidad.

Es en grande lo mismo que sucede en pequeño en la Tierra á nuestros infusorios que resucitan, esto es, que renacen á la lluvia despues de varios años de muerte aparente.

Pero volviendo á nuestro mundo de Andrómeda, la atmósfera rosacea semi-liquida, que le baña enteramente como un océano sin islas, es la morada de los séres animados de aquel globo. Sin descansar ni un instante en el fondo de aquel océano, al que ninguno llegó nunca, flotan perfectamente en el seno del móvil elemento. Desde el nacimiento á la muerte no tienen punto de reposo.

Su actividad es condicion misma de su existencia, pues si se pararan, perecerian. Para respirar, es decir para hacer penetrar en su seno el fluidico elemento, se ven obligados á agitar continuamente sus extremidades y á tener sus pulmones (me valgo de esta palabra para darne á entender) constantemente abiertos. La forma exterior de aquella raza humana se aproxima algo á las sirenas de la antigüedad, aunque ménos elegante, pues en su organismo tiene algo de la foca.

¿ Veis la diferencia esencial que separa aquella constitucion de la de los hombres? Es que *en la Tierra respiramos sin darnos cuenta de ello*, sin trabajar para obtener nuestro oxígeno, sin vernos obligados á ganar con esfuerzo la trasformacion de la sangre venosa en sangre arterial por la absorcion del oxígeno. En aquel mundo, por el contrario, el aire es un alimento *que no se alcanza sino como premio del trabajo*, á costa de incesantes esfuerzos.

QUERENS. — ¿Entónces aquel mundo es inferior al nuestro en grado de progreso?

LUMEN. — Sin duda alguna, puesto que lo he habitado ántes de venir á la Tierra. Pero no vayais á creer que la Tierra sea muy superior por la razon de que respiramos aun durmiendo. Cierta-

mente que es maravilloso el encontrarse provisto de un mecanismo pneumático que se abre por sí solo de segundo en segundo, cada vez que nuestro organismo necesita de la menor bocanada de aire, y maravilloso que ese autómeta funcione aun cuando los que lo poseen ni ven su belleza ni aprecian su valor. Pero el hombre no vive tan solo de aire; se hace necesario tambien al organismo terrestre un complemento mas sólido y este complemento no llega por sí mismo. ¿Qué resulta de ahí? Fijaos un momento en la Tierra. ¿Qué espectáculo tan triste y desolador! ¿Qué mundo de miseria y embrutecimiento! ¿Toda esa multitud encorvada hácia el suelo que araña con mil trabajos para *pedirle su pan!* ¿todas esas cabezas inclinadas hácia la materia en vez de alzarse para contemplar la naturaleza! ¿todos esos esfuerzos y fatigas llevando en pos de sí la debilidad y la enfermedad! ¿todos esos amaños *para amontonar un poco de oro* á espensas de todos! ¿explotacion del hombre por el hombre! ¿las castas, las aristocracias, los robos y las ruinas! ¿las ambiciones, los tronos y las guerras! en una palabra, el *interés personal*, siempre egoista, sórdido las mas de las veces, y el reino de la materia sobre el espíritu: hé aqui el cuadro normal de la Tierra, situacion producida

por la ley que rige vuestros cuerpos, que os obliga á matar para vivir y á preferir la posesion de los bienes materiales, que no os podeis llevar mas allá de la tumba, á la de los bienes intelectuales cuya riqueza inalienable guarda el alma para siempre.

QUÆRENS. — Hablais, maestro, como si pensais que es posible vivir sin comer.

LUMEN. — ¡Ah! ¿Creeis acaso que se está sugeto á tan ridícula operacion en todos los mundos del espacio? Por fortuna en la mayor parte de los mundos, el espíritu no se halla sometido á semejante ignominia.

No es tan difícil como pueda suponerse al primer pronto, el creer en la posibilidad de atmósferas nutritivas. La conservacion de la vida en el hombre y los animales depende de dos causas: la respiracion y la nutricion. La primera reside naturalmente en la atmósfera, la segunda en el alimento. De este proviene la sangre; de la sangre los tejidos, los músculos, los huesos, los cartilagos, la carne, el cerebro, los nervios, en una palabra la constitucion orgánica del cuerpo. El oxígeno que inspiramos puede considerarse como sustancia nutritiva por sí misma, puesto que al combinarse con los principios alimenticios arbsorbidos por el

intestino, acaba la sanguificación y el desarrollo de los tejidos.

Segun esto, para formarse idea completa de la nutrición hecha por la atmósfera, basta tener presente que en suma el alimento se compone de albumina, azúcar, grasa y sal, y considerar que un fluido atmosférico en vez de constar solamente de ázoe y oxígeno, esté compuesto de aquellas diferentes sustancias en estado gaseoso.

En nuestro estado actual, aquellos alimentos se encuentran en los cuerpos sólidos de los cuales nos alimentamos y á la digestión es á la que se debe la función de desprenderlos y asimilarlos al organismo. Cuando comemos un pedazo de pan, por ejemplo, introducimos en nuestro estómago fécula y almidón, sustancia insoluble en el agua y que no se halla en la sangre. La saliva y el jugo pancreático transforman el almidón insoluble en azúcar soluble. La bilis, el jugo pancreático y las secreciones intestinales cambian el azúcar en grasa. Se encuentra azúcar y grasa en la sangre y de este modo es como por el procedimiento de la alimentación, las sustancias han sido segregadas y asimiladas á nuestro cuerpo.

Os asombráis, amigo mío, de que en el mundo celeste, donde reside hace cinco años terrestres, me

acuerde aun de todos estos términos materiales y que descienda á hablarlos en esta forma. Los recuerdos que me llevé de la Tierra no se han borrado y puesto que tratamos accidentalmente de una cuestión de fisiología orgánica, no me avergüenzo de llamar las cosas por su nombre.

Si suponemos, pues, que en lugar de estar combinados ó mezclados en la constitución de los cuerpos sólidos ó líquidos, los alimentos se encuentran en el estado gaseoso formando parte de la atmósfera, creamos de este mundo atmósferas nutritivas que nos dispensan de la digestión y de sus funciones ridículas y groseras.

Lo que el hombre es capaz de imaginar en la reducida esfera en que pueden tener lugar sus observaciones, la naturaleza ha sabido realizarlo en algun punto de la creación universal.

Por lo demás os puedo asegurar que cuando no se está ya acostumbrado á esa operación material de la introducción del alimento en el tubo intestinal, no puede uno ménos de causarle repugnancia su grosería. Es lo que pensaba no há mucho, cuando contemplando uno de los más opulentos paisajes de vuestro planeta, me impresionó hondamente la belleza delicada y angelical de una jóven, tendida en una góndola que flotaba dulcemente por las

cerúleas aguas del Bósforo á la vista de Constantinopla. Formaban el asiento de aquella jóven Circasiana, ricos cojines de terciopelo carmesi bordados de brillante seda y cuyas borlas de oro besaban cariñosamente las ondas. Hallábase ante ella un pequeño esclavo negro que pulsaba un instrumento de cuerda. Aquel cuerpo era tan juvenil y gracioso, aquel brazo doblado tan elegante, aquellos ojos tan puros y candorosos, y aquel semblante ya pensativo estaba tan tranquilo á la luz del cielo, que estuve largo rato absorto, en una especie de admiracion retrospectiva, contemplando aquella obra maestra de la naturaleza viva. Pues bien, mientras que aquel candor de la juventud que despierta, aquella suavidad de la flor que entreabre su corola á los primeros rayos de la existencia me tenian en una especie de encanto pasajero, la barca arribó á orillas de una plataforma que se internaba algo en el agua, y la jóven, sostenida por el esclavo, vino á sentarse en un divan, junto á una mesa copiosamente servida al rededor de la cual hallábanse ya sentadas otras personas. ¡Se puso á comer! Sí, ¡comió! Durante una hora apenas si pude invocar mis recuerdos terrestres. ¡Que espectáculo tan ridículo! Un sér semejante llevándose los alimentos á la boca y vertiéndose á

cada instante no sé que especie de sustancia en el interior de su cuerpo encantador! Qué cosa tan tosea! Despues ver como aquellos dientes de perlas destrozaban un animal cualquiera! Luego los fragmentos de otro animal hacen abrir sin vacilacion ante sí aquellos labios virginales para recibirlos y engullirlos! ¡Qué comida! Una mezcla de ingredientes sacados de animales ó fieras que han vivido en el fango para ser degollados despues. ¡Qué horror! Aparté la vista con tristeza de aquel extraño contraste para dirigirla á Júpiter, donde la humanidad no se halla reducida á semejantes necesidades.

Los séres flotantes que pertenecen al mundo de Andrómeda donde tuvo lugar mi antepenúltima existencia, están sometidos mas servilmente aun que los habitantes de la Tierra al trabajo de la nutricion. No tienen como en nuestro globo un aire que les proporcione las tres cuartas partes del alimento: es preciso que ganen lo que se puede llamar su oxígeno, y se hallan condenados á ejercitar sus pulmones sin tregua y á preparar aire nutritivo sin dormir nunca y sin hartarse jamás de aire, porque, á pesar de todo su trabajo, no absorben sino muy pequeña cantidad á la vez. Así pasan su vida entera y mueren sucumbiendo á la fatiga.

QUERENS. — ¡ Para eso mejor sería no nacer !
 LUMEN. — La misma reflexion podria aplicarse á la Tierra. ¿ De qué sirve el nacer, cansarse en mil trabajos diversos, rodar por espacio de sesenta ó cien años en el mismo círculo de cada dia : dormir, comer, moverse, hablar, andar, correr, agitarse, pensar etc., etc. ? ¿ De qué sirve todo esto ? ¿ No se adelantaria lo mismo si se destruyera uno al dia siguiente de su nacimiento, ó mejor aun, si no se tomase uno la molestia de nacer ? La naturaleza proseguiria impávida su marcha sin apercibirse de ello. Y, por lo demás, tambien podemos hacer esta pregunta : ¿ De qué sirve la naturaleza misma y por que existe el universo ?... Á todas estas preguntas el espiritu observador, solo puede dar una respuesta : Es preciso que todos los destinos se cumplan.

Muchas veces, amigo mio, me he dirtgido en el fondo de mi conciencia esas mismas preguntas insolubles, y recuerdo que una persona verdaderamente superior á quien habia conocido en una existencia anterior, precisamente en aquel mundo de Andrómeda y á la que felizmente he vuelto á ver aunque muy rápidamente en la Tierra, la virtuosa princesa Carolath, á quien tambien habeis conocido, me habló con fre-

cuencia de estos mismos problemas. Hizo muchos esfuerzos para elevar la inteligencia del país á cuya cabeza brillaba, pero no lo consiguió. Aquel mundo de Andrómeda es muy toseco y atrasado y nada podia comprender de aquéllos discursos.

Para daros una idea de la debilidad intelectual de aquella humanidad, hablaré de los dos asuntos que pueden darnos por punto general el nivel de la cultura é ilustracion de un pueblo : la religion y la politica. Pues en la religion en vez de buscar á Dios en la naturaleza, de fundar un juicio en la ciencia, de aspirar á la verdad, de servirse de los ojos, para ver y de la razon para comprender, en una palabra, en lugar de establecer los cimientos de su filosofia en el conocimiento tan exacto como sea posible del orden divino que gobierna el mundo ; se han dividido en sectas voluntariamente ciegas, han creido tributar homenaje á su pretendido Dios dejando de discurrir, y creen adorarle sosteniendo que su mundo es el único en el espacio, recitando palabras, insultandose reciprocamente las sectas entre sí, y ¡ ay ! lo que es peor bendiciendo espadas, encendiendo hogueras y autorizando asesinatos y guerras. Hay tales asertos en sus doctrinas que no parece sino que han sido inventadas expre-

samente para ultraje del sentido comun y esos son precisamente los que constituyen los artículos de la fé de sus creencias!

Lo mismo sucede en política. Los mas inteligentes y puros no llegan á entenderse; así es que se cree que la república es una forma de gobierno utópica, irrealizable. Recorriendo los anales de su historia y remontándonos hasta donde nos sea posible, veremos que los pueblos, cobardes ó indiferentes, en vez de querer gobernarse por sí mismos, prefieren ser mandados por individuos que se proclaman sus Basileos. Este jefe les coje las tres cuartas partes de sus recursos, lo mas florido y mejor de la nacion, enumera á todos sus súbditos y de vez en cuando los envia á darse de cabezadas con el pueblo vecino, gobernado á su vez por otro Basileo. Semejantes á bancos de arenques, dirigen de ambas partes hácia un campo de batalla, que llaman el *campo de honor*, y se destrozan reciprocamente como dementes furiosos, sin saber por qué y sin poder entenderse atendido á que hablan diferentes idiomas. Algunos mimados de la casualidad vuelven del combate. ¿Pero creéis que vuelven con el odio hácia el tirano que los manda? De ninguna manera. Al volver á sus hogares, el primer

cuidado de aquellos restos de ejército es celebrar juntamente con los dignatarios de su secta acciones de gracias, suplicando á Dios conceda largos y felices dias de vida al hombre digno que se tituló su paternal Basileo!

QUERENS. — De esta relacion se deduce que los habitantes de Delta Andrómeda son física é intelectualmente inferiores á nosotros; porque en la Tierra distamos mucho de observar semejante conducta. En resumen, en aquel mundo no existe mas que un reino animado, un reino móvil, sin sueño, entregado á la agitacion perpetua por una inexorable fatalidad. Semejante mundo me parece muy raro.

LUMEN. — ¿Qué diriais pues del que habité quince siglos hace? Mundo igualmente dotado de un solo reino, pero tampoco de un reino móvil, al contrario, de un reino fijo, como vuestro reino vegetal?

QUERENS. — Animales y hombres detenidos por raíces?..

III

AURORA

LUMEN. — Mi existencia anterior á la del mundo de Andrómeda tuvo lugar en el planeta Vénus, cercano á la Tierra, y donde recuerdo haber sido mujer. No lo he vuelto á ver directamente por la ley de la luz, puesto que esta tarda igual tiempo para llegar de Vénus ó de la Tierra hasta Capella, y por lo tanto al mirar á Vénus, la veo ahora tal como era hace 72 años y no 900, época de mi existencia en dicho planeta.

Mi cuarta vida anterior á la de la Tierra pasó en un inmenso planeta anular perteneciente á la constelacion del *Cisne* y situado en la zona de la *Via lactea*. Sabed que dicho mundo no se halla poblado mas que de árboles.

QUÆRENS. — ¿Es decir que no hay allí mas que plantas, y que no han aparecido todavía ni animales ni seres inteligentes y parlantes?

LUMEN. — No es eso. No existen mas que plantas, es verdad; pero en aquel vasto mundo de plantas, hay razas vegetales mas adelantadas que las de la Tierra; hay plantas que viven como vos y yo; que sienten, piensan, razonan y hablan.

QUÆRENS. — Pero eso es imposible!... Oh! dispensadme, queria decir, es extraordinario, incomparable y completamente desconocido.

LUMEN. — Existen tan cierto esas razas vegetales, que de ellas formaba yo parte hace quince siglos, en la época en que era árbol razonador.

QUÆRENS. — Pero decidme, como puede razonar una planta sin cerebro y hablar sin lengua?

LUMEN. — Enseñadme, os lo ruego, porque procedimiento intimo vuestro cerebro material dá nacimiento á ideas intelectuales y por qué movimiento vuestra alma traduce sus mudos pensamientos en palabras audigibles?

QUÆRENS. — Pienso en ello, maestro; pero verdaderamente no encuentro la explicacion fundamental de ese hecho tan comun por lo demás.

LUMEN. — No hay derecho para declarar imposible un hecho desconocido, cuando de ese modo se ignora la ley de su propio modo de ser. Por que sea el cerebro el origen material puesto en la

Tierra á disposicion de la inteligencia, ¿creéis acaso que haya cerebros semejantes, cerebros y médulas espinales en todos los globos del espacio? Sería demasiada candidez el creerlo. La ley del progreso rige el sistema vital en cada uno de los mundos. Este sistema vital se diferencia segun la naturaleza íntima y las fuerzas particulares de cada mundo. Cuando ha llegado á un grado suficiente de elevacion que la hace capaz de entrar en el sistema del mundo moral, el *espíritu* mas ó ménos adelantado hace en él su aparicion. No vayais á creer que el Padre eterno crea directamente en cada globo una raza humana. No. El primer escalon del reino animal recibe la transfiguracion humana por la fuerza misma de las cosas, por la ley natural, que le enaltece el día en que el progreso le ha traído á su grado de superioridad relativa.

¿Sabeis porque teneis pecho, estómago, dos piernas y dos brazos, y una cabeza provista de sentidos visual, auditivo y olfativo? Pues es por la razon de que los cuadrúpedos, los mamíferos que precedieron al hombre en la Tierra fueron formados del mismo modo. Los monos, los perros, los leones, los osos, los caballos, los buyes, los tigres, los gatos, etc., y ántes que

ellos el rinoceronte la hiena de las cavernas, el ciervo de gigantesca cornamenta, el mastodonte, el zaurigo, etc., y ántes de estos tambien el plesiosauro, el ictiosauro, el iguanodonte, el pterodáctilo, etc., y ántes de los mismos tambien las tortugas, los crustaceos, etc., han sido producto de las fuerzas vitales que actuaban en la Tierra, dependientes del estado del suelo y de la atmósfera, de la química inorgánica, de la cantidad de calor y gravedad terrestre. El reino animal ha seguido en la Tierra desde su origen esa marcha continua y progresiva hácia el perfeccionamiento de la forma, tipo de los mamíferos, desprendiéndose cada vez mas de las imperfecciones de la materia. El hombre es mas bello que el caballo, este mas que el oso y este á su vez mas que la tortuga. Una ley semejante ha regido en el reino vegetal. Los vegetales pesados, toscos, sin hojas y sin flores empezaron la série. Despues, con el andar de los siglos, las formas se hicieron mas elegantes y puras. Aparecieron las hojas vertiendo en los bosques una sombra silenciosa. Las flores, á su vez, vinieron á embellecer el jardín de la Tierra y á derramar dulces perfumes en la atmósfera insípida hasta entónces. Esa doble série progresiva de los dos reinos se encuentra de

nuevo hoy en los terrenos terciarios, secundarios y primordiales visitada por la escrutadora mirada de la geología.

Hubo un tiempo en la Tierra en que algunas islas brotando apenas del seno de aguas calientes, en los vapores abundantes de una atmósfera sobrecargada, no habia otros seres que se distinguieran del reino inorgánico mas que algunos filamentos suspensos en las olas. Algas, fucos, esos fueron los primeros vegetales. En las rocas se ven nacer algunos seres á los cuales la inteligencia no puede dar nombre. Allí vemos henchirse las esponjas; mas allá se levanta un árbol de coral; acullá las medusas se desprenden como hemisferios gelatinosos. ¿Son animales? ¿Son plantas? La ciencia permanece muda. Son animales-plantas, zoófitos.

Pero la vida no se limita tan solo á estas formas. Existen otros seres no ménos primitivos y tan elementales que señalan un género de vida especial. Son anillados, gusanos, peces reducidos al estado tubular, seres sin ojos, sin oídos, sin sangre, ni nervios, ni voluntad; especies vegetativas que no obstante se hallan dotadas de un poder *locomotor*.

Mas tarde aparecen rudimentos de órganos

locomotores, de vida mas libre. Despues son peces y anfibios. El reino animal se vá formando por sí mismo.

¿Qué hubiera sucedido si los primeros seres no hubiesen abandonado su roca? Si aquellos elementos primitivos de la vida terrestre hubieran permanecido enclavados en el punto de su formacion y si por una causa cualquiera la facultad de locomocion no hubiese tenido principio?

Hubiera sucedido que el sistema vital terrestre en vez de manifestarse en dos diferentes direcciones, el mundo de las plantas y el de los animales, hubiera continuado manifestándose solo en la primera. No hubiera habido mas que un reino en vez de dos y actuando el poder creador como activo en el reino animal, no se hubiera detenido en la formacion de las sensitivas, plantas superiores que se hallan ya dotadas de un verdadero sistema nervioso, ni en la formacion de las flores que están ya tan cerca de vosotros en sus actos orgánicos, sino que continuando su marcha ascendente, lo que se ha producido en el reino animal se hubiera producido en el vegetal. Existen ya vegetales que sienten y obran; hubiera habido tambien vegetales que pensasen y se diesen á entender. No por eso se

hubiera privado la Tierra del género humano. Únicamente lo que hubiera sucedido es que en vez de ser el género humano moviente, como lo es, hubiera estado fijo por los pies.

Tal es el estado del mundo anular que habité, hace quince siglos, en el seno de la Via láctea.

QUÆRENS. — Os aseguro que ese mundo de Hombres-Plantas me choca mas que el anterior. No me puedo formar idea de la vida y costumbres de esos seres singulares.

LUMEN. — Su género de vida es en efecto muy distinto al vuestro. No construyen ciudades, no viajan, ni tienen forma alguna de gobierno. No conocen la guerra, este azote de la humanidad, y no tienen ese amor propio nacional que os caracteriza. Prudentes, pacientes y dotados de gran constancia, no tienen ni la movilidad ni la fragilidad de los hombres de la Tierra. Viven por término medio de cinco á seis siglos, en una vida tranquila, dulce, uniforme y sin disturbios. Pero no vayais á creer que aquellos hombres-plantas no tengan mas que una vida vegetativa; tienen por el contrario una vida muy personal y muy absoluta. Están divididos, no por castas, segun el nacimiento ó la fortuna, como en la Tierra, lo cual es absurdo, sino por familias, cuyo valor

natural se diferencia precisamente segun la especie. Tienen una historia social, no escrita, pues nada puede perderse entre ellos atendido á que no hay ni emigraciones ni conquistas, sino por tradicion y por generacion. Cada uno conoce la historia de su raza. Hay tambien dos sexos como la Tierra, y las uniones tienen lugar de un modo análogo pero mas puro, desinteresado y afectuoso. No siempre son uniones consanguineas por eso: á veces hay fecundaciones á distancia.

QUÆRENS. — Pero en fin, ¿ cómo pueden comunicarse sus ideas, si es cierto que piensan? Y por otra parte, maestro, cómo os reconocisteis vos mismo en aquel mundo tan raro?

LUMEN. — Una misma respuesta servirá para vuestra doble pregunta. Miraba yo hácia aquel anillo de la constelacion del Cisne y en él se fijaba con insistencia la vista de mi alma; admirábame no ver mas que vegetales en su superficie y con particularidad observaba las singulares agrupaciones en el campo: aqui de dos en dos, allá de tres en tres, mas allá de diez en diez, y mas léjos en mayor número; veia algunos que parecian sentados á orillas de una fuente, otros parecian como recostados, con pequeños retoños al rededor de si; trataba de reconocer en aquella arbo-

leda las especies terrestres, como los pinos del Norte, las encinas, los álamos y los sauces, pero no pude encontrar estas formas botánicas; por último fijé sobre todo mis miradas en un vegetal de la forma de la higuera, sin hojas ni frutos, pero con flores de color de escarlata, cuando de repente vi á aquella enorme higuera alargar una rama, como un brazo gigantesco, llevar el extremo de aquel brazo hácia su copa, desprender una de las magníficas flores que adornaban su cabellera y presentarla en seguida, inclinando la copa, á otra higuera esbelta y elegante cargada de hermosas flores azules y que se hallaba algunos pasos delante de él. Pareció este recibir con cierto agrado la flor purpurina, pues extendió una rama, se podría decir una mano cordial á su vecino y en esta actitud permanecieron largo tiempo.

Sabeis que en ciertas circunstancias basta un gesto para dar á conocer á una persona. Esto fué lo que me sucedió ante aquel cuadro. Aquel gesto de la higuera de la Via láctea despertó en mi espíritu todo un mundo de recuerdos. Aquel Hombre-Planta, *tambien era yo*, hace quince siglos, y reconocí á mis hijos en las higueras de flores de violetas que me rodeaban, pues recordé que el color de las flores descendentes resulta de la

mezcla de los dos colores del padre y de la madre.

Aquellos Hombres-Plantas ven, oyen y hablan, sin ojos, sin oídos y sin laringe. En la misma Tierra teneis ya flores que distinguen muy bien no tan solo el día de la noche, sino también las diferentes horas del día, la altura del Sol en el horizonte, un cielo puro de un cielo encapotado; que se impresionan por la diversidad de ruidos con exquisita sensibilidad y que por último se entienden entre sí perfectamente y hasta con las mensajeras mariposas. Estos rudimentos se hallan desarrollados á un verdadero grado de civilización en el mundo de que hablo, y aquellos seres son tan completos en su género como lo sois en la Tierra en el vuestro. Verdad es que su inteligencia está ménos adelantada que una mediana inteligencia de la humanidad terrestre, pero en sus costumbres y sus relaciones reciprocas, en todo, llevan consigo cierta delicadeza y dulzura que deberian tomar por norma la mayor parte de los habitantes de la Tierra.

QUERENS. — Maestro, ¿cómo es posible que se vea sin ojos y que se oiga sin oídos?

LUMEN. — Cesaria nuestra estrañeza, antiguo amigo mio, si reflexionais que la luz y el sonido no son otra cosa mas que *modos del movimiento*.

Para apreciar uno ú otro de esos modos del movimiento, os es necesario (y os basta) tener un aparato en correspondencia con él, aun cuando no fuera mas que un simple nervio. El ojo y el oído son esos aparatos para nuestra naturaleza terrenal. En otra organizacion natural tanto el nervio óptico como el auditivo forman otros órganos muy diferentes. Además no existen tan solo en la naturaleza esos dos modos de movimientos: luminosos y sonoros; hasta puedo deciros que estas dos calificaciones derivan de nuestra manera de sentir y no de la realidad. Existen en la naturaleza no uno, sino diez, veinte, ciento, mil modos diferentes de movimiento. Estais organizados en la Tierra para apreciar principalmente los dos referidos y son los que constituyen toda nuestra vida de relacion. En otros mundos hay otros sentidos para apreciar la naturaleza bajo otros aspectos, sentidos que unos hacen las veces de nuestros ojos y oídos y otros reciben percepciones completamente extrañas á las que se hallan al alcance de los organismos terrestres.

QUÆRENS. — Cuando poco há me hablabais de los Hombres-Plantas del mundo del Cisne, me vino á las mientes preguntaros si las plantas terrestres tienen alma.

LUMEN. — Es claro que sí. Las plantas terrestres se hallan dotadas de alma lo mismo que los animales y los hombres. Sin el alma virtual no podria subsistir ningun organismo. La *forma* de un vegetal está hecha para su alma. ¿Por qué una bellota y un hueso plantados la una al lado del otro, en el mismo suelo, bajo el mismo clima é idénticamente en iguales condiciones, han de producir la primera una encina y el segundo un melocotonero? Porque una fuerza orgánica que reside en la encina construirá un vegetal especial, y otra fuerza orgánica, otra alma, que reside en el melocotonero, atraerá á sí otros elementos para formar del mismo modo su cuerpo específico; lo mismo que una alma humana se construye á sí propia su cuerpo, sirviéndose de los medios puestos por la naturaleza terrestre á su disposicion. No hay mas diferencia que el alma de la planta no tiene conciencia de sí misma.

Almas de vegetales, almas de animales, almas de hombres, son seres que llegaron ya á un grado de personalidad, de autoridad suficiente para doblegar á sus órdenes, dominar y regir bajo su direccion las demás fuerzas no personales esparcidas en el seno de la inmensa naturaleza. La mónade humana, por ejemplo, superior á la

mónade de la sal, á la del carbono á la del oxígeno, las absorbe é incorpora á su obra. Nuestra alma humana en nuestro cuerpo terrestre, en la Tierra, sigue sin darse cuenta de ello todo un mundo de almas elementales que forman las partes constituyentes de su cuerpo. La materia no es una sustancia absolutamente sólida y estensa; La sustancia no tiene importancia. De un átomo al otro hay un vacío inmenso relativamente al tamaño de los mismos. Al frente de los diversos centros de fuerzas constituyentes que forman el cuerpo humano, el alma humana gobierna todas las almas ganglionarias que le están subordinadas.

QUÆRENS. — Confieso, mi profundo profesor, que no comprendo con claridad esta teoría.

LUMEN. — Por eso os la explicaré con un ejemplo que os la presentará como un hecho.

QUÆRENS. — ¿Cómo un hecho? Seriais acaso una reencarnación de la princesa Scheezarada y me habeis fascinado en un nuevo cuento de las *Mil y Una Noches*!

IV

LUMEN. — Antes de haber sido *árbol pensante*, hace quince siglos, en el mundo anular de la constelación del Cisne, fui, hace 2,400 años próximamente, habitante del sistema θ (*Théta*) de Orion. Conoceis y habeis admirado muchas veces conmigo esta rica constelación. La estrella θ se encuentra debajo de la Espada suspendida al Cinturón y brilla al márgen de la famosa nebulosa. Se halla mucho más próxima á las regiones celestes en que nos hallamos que esa nebulosa sumergida á lo lejos en los cielos. Tarda su luz 2,400 años en atravesar la distancia que la separa de Capella, donde está situado siempre mi observatorio, punto alrededor del cual gravita nuestra conversación.

Este sistema de θ de Orion es uno de los más particulares que existen en la bóveda celeste, tan variada y rica en joyas. Consta de cuatro so-